

Democracia y socialismo en Europa occidental

Lelio Basso

El problema de la relación entre democracia y socialismo es un problema por mucho tiempo debatido, prevaleciendo en el campo socialista la conclusión de que existe un nexo inseparable entre ambos, aunque luego aparezcan divergencias, incluso profundas, sobre el significado preciso de las palabras "democracia" y "socialismo". La tesis de la unidad entre socialismo y democracia se ha objetado con frecuencia, por parte contraria, citando tanto la teoría de la dictadura del proletariado cuanto la experiencia concreta de los países socialistas, como prueba de la inconciliabilidad entre socialismo y democracia. En tiempos muy recientes se ha reemprendido la discusión desde diversos puntos en relación con el fenómeno del llamado "eurocomunismo", que por no haber sido nunca claramente definido se presta a muy diversas interpretaciones (utilizo la palabra "eurocomunismo" sólo por comodidad, aunque no me conste que sea aceptada por todos los partidos interesados).

De todos modos me parece claro que en esta definición se consideran generalmente incluidas diversas posiciones: a) en primer lugar, la negativa a admitir que exista un modelo de socialismo ya realizado o un modelo de vía al socialismo válido para todos los países, que sería la vía abierta por Lenin en 1917; b) consecuentemente, la negativa a atribuir al movimiento comunista internacional el carácter de bloque monolítico con el PCUS a la cabeza, y la negativa a reconocer el liderazgo soviético en las confrontaciones de los partidos comunistas, como ocurría en tiempos de Stalin; c) la reafirmación de la autonomía de cada partido y su derecho, por tanto, a escoger autónomamente una vía propia al socialismo, lo que incluso excluiría la posibilidad de un centro directivo para la Europa occidental y, en un sentido más amplio, hasta el "policentrismo" de Togliatti; d) la convicción de que en la industrializada Europa occidental —donde las clases trabajadoras se han integrado ampliamente en el sistema y combaten sobre todo por reivindicaciones para mejorar el nivel de vida, donde el poder ya no está concentrado en una compacta cúspide ni reside en un determinado Palacio de Invierno, sino que se halla difuso y articulado en las estructuras de la sociedad, y donde los condicionamientos internacionales son increíblemente fuertes y presentes por doquier— resulta difícil pensar en una conquista violenta del poder al estilo tradicional; y e) como conclusión de todo esto, la opción por una vía "democrática" al socialismo, considerada más adecuada a la situación social y al grado de desarrollo histórico de Europa occidental, con el consiguiente abandono de la fórmula marxista de la "dictadura del proletariado".

Al menos dentro de estos límites, me encuentro personalmente bastante de acuerdo con esta orientación, aunque preferiría insistir, como motivo discriminante, sobre la situación objetiva de Europa occidental —que impone indiscutiblemente alternativas distintas a la tomada por Lenin— más que sobre la autonomía de cada partido, ciertamente justificada en líneas generales. Y preferiría insistir más en la necesidad de otras alternativas porque son distintas las condiciones de partida (estructura social, condiciones políticas, nivel cultural, contexto internacional), y Marx nos ha enseñado que el movimiento real del proletariado no nace y se desarrolla según fórmulas o modelos preconcebidos, sino sobre la base de los impulsos que le llegan de la concreta situación del campo social en que se encuentra maniobrando.

Pero mientras está claro que el "eurocomunismo" abandona de modo definitivo la estrategia tradicional de los partidos comunistas (la que justificó desde los años de la primera posguerra la escisión de los partidos socialistas), no me parece tan claro cual sea la estrategia que se ha adoptado en su lugar. Es decir, que veo nítidamente, o eso me parece al menos, el negativo del eurocomunismo, pero no tanto el positivo que resulta de ese cliché. Me refiero en particular a Italia, donde entre 1975 y 1976 se ha desarrollado un gran debate sobre estas materias, abierto por las críticas de un eminente politólogo y filósofo de inspiración liberal, el profesor Norberto Bobbio, y en el que han participado algunos de los más notorios intelectuales comunistas y socialistas.

He tenido la impresión de que la respuesta de los marxistas a las críticas al marxismo impulsadas por Bobbio ha sido floja, y que en general ha predominado la tendencia a alinearse en las mismas posiciones del crítico, aceptando sus proposiciones sobre la democracia. Pero el concepto de

democracia defendido vigorosamente por Bobbio es la concepción de "democracia burguesa", o, en otras palabras, de la democracia meramente representativa y parlamentaria.

Y si la vía democrática al socialismo debiera significar una mezcla de esperanza del socialismo futuro y aceptación actual de las estructuras políticas existentes, me temo que la vía al socialismo nunca se abriría, porque no creo que se pueda llegar a una transformación radical de las relaciones sociales utilizando solamente los instrumentos que estas relaciones han determinado, más en definitiva para la conservación que para la superación de las relaciones capitalistas. Y aunque sepa que la dialéctica de la historia puede transformar en instrumento revolucionario a un instrumento originalmente conservador, y que cada institución contiene siempre una potencialidad ambigua, todavía pienso que difícilmente puede realizarse un movimiento de avance hacia el socialismo si no es capaz de crear elementos de la nueva sociedad y, entre ellos, nuevos contenidos, nuevas formas y nuevos instrumentos de democracia.

Por eso me parece útil examinar antes cuáles son los límites y posibilidades de la democracia burguesa, para exponer después mi punto de vista sobre lo que debiera ser el fundamento de una democracia socialista y, consecuentemente, de una vía democrática al socialismo, y así redefinir los límites concretos de la democracia burguesa.

Una consigna revolucionaria

Quizá un rápido vistazo sobre el desarrollo de la democracia burguesa nos ayude a comprender sus límites. El capitalismo ascendente fue liberal, pero no democrático. Luchó contra el absolutismo regio, contra el privilegio aristocrático, contra la tiranía burocrática, por la libertad económica y, limitada-mente, por la política, por la certidumbre del derecho, por la seguridad de las relaciones sociales, pero no se batió nunca por el sufragio universal, por la participación de todos los ciudadanos en la gestión de la cosa pública o por un verdadero Estado democrático. En Inglaterra, país clásico del capitalismo y del liberalismo, el sufragio universal es una conquista de este siglo, del mismo modo que en Bélgica y en otros países en los que el capitalismo ha tenido un rápido triunfo. En la misma Francia de 1789 son principios liberales y no democráticos los que triunfan, como lo atestigua la distinción entre ciudadanos activos y pasivos.

Son las clases oprimidas por el capitalismo triunfante las que se arman de principios democráticos para disputarle el dominio: es la pequeña burguesía quien se hace abanderada de esos principios, y en su nombre reivindica el derecho a participar en la gestión de la cosa pública, arrastrando consigo a las capas inferiores del naciente proletariado y, parcialmente, de los campesinos. Hasta 1848, "democracia" es

ACTUACION IMPUNE

"Dos heridos a bala, más de sesenta detenidos y sobre treinta personas lesionadas con golpes y balines fue el balance de una jornada de enérgica represión policial y de la actuación impune de civiles ultraderechistas armados, algunos claramente identificados con brazaletes, luego de que los opositores participaran en una festiva y pacífica celebración del triunfo del *no*."

La Epoca, 9 de octubre de 1988, Santiago de Chile.

ESPECIALMENTE

"Fuertes protestas en Chile y en el exterior desató la represión policial contra la prensa nacional e internacional que se encuentra cubriendo el plebiscito y los acontecimientos que lo rodearon. Ayer se siguieron conociendo nuevos ataques, que ya superaban la cifra de veinte, especialmente contra corresponsales extranjeros."

La Epoca, 9 de octubre de 1988, Santiago de Chile.

PROCLAMACION ARGUMENTADA

"Con el discurso del ministro del Interior, Sergio Fernández, el sábado, y el lanzamiento de una nueva campaña publicitaria financiada con recursos fiscales en medios de comunicación oficialistas quedó virtualmente proclamada una nueva candidatura del general Augusto Pinochet, esta vez para las elecciones presidenciales que se deberán realizar en Chile el próximo año tras el fracaso de la opción *sí* en el reciente plebiscito. Tras las palabras del jefe de gabinete, desde diversos puntos de la capital salieron grupos violentistas de ultraderecha y bandas terroristas a provocar desmanes."

La Epoca, 10 de octubre de 1988, Santiago de Chile.

NI PINOCHET

"Renato Gazmuri, miembro de la comisión política de Renovación Nacional: 'Ni Chile, ni Pinochet, ni la centuro derecha se merecen un Fernández y la única actitud digna que puede tomar este caballero es renunciar [...] La presentación por TV, además de insólita, es una provocación, tanto a la oposición como a los partidos democráticos que apoyamos el *sí*, de insospechables consecuencias."

La Epoca, 10 de octubre de 1988, Santiago de Chile.

una consigna revolucionaria, que tiene muchos matices pero todos dirigidos contra el orden existente, y es esta democracia, es decir, la alianza de todas las clases oprimidas, la que es implacablemente combatida durante el bienio revolucionario 1848-1849.

En la segunda mitad del siglo XIX se verifica una profunda transformación de la sociedad. Tras las revueltas de 1848-1849, el capitalismo queda ya sólidamente asentado en el poder en los países más adelantados y se consolida en los restantes (Alemania, Italia, etcétera). Pero en ninguno de esos países gobierna o aspira a gobernar con métodos democráticos. En realidad, en ese período, la burguesía capitalista se preocupa esencialmente de que el gobierno le garantice las condiciones más favorables para el desarrollo de sus comercios, de sus negocios, de sus riquezas, para el completo despliegue de sus posibilidades económicas, para la expansión de las clases inferiores y en particular del proletariado, para la explotación de su capacidad productiva y para la conquista de nuevos mercados.

En 1877, Thomas Erskin May, un escritor anglosajón admirador de las instituciones de su tierra, termina el análisis de las condiciones políticas en Inglaterra con las siguientes palabras, con las que concluye su clásica obra sobre *La democracia en Europa*:

“La riqueza comercial se ha esparcido por el país, y los comerciantes y los manufactureros han llamado a su seno a una clase que antaño les era adversa. El importante estamento de la burguesía (*gentry*) independiente, al multiplicarse por la creciente riqueza del país y el aumento de los empleos públicos, ha unido generalmente su suerte a la de los propietarios de la tierra. Los estamentos de profesiones liberales, aumentados numéricamente por variedad de ocupaciones y por insuficiencia social, se han asociado en general a los propietarios con quienes sus fortunas se identifican. Los empresarios, preocupados por la seguridad de sus propios bienes e intereses, e irritados por las luchas de sus trabajadores, no ven con buenos ojos al movimiento democrático.”

Común terreno y lenguaje

Con todo, precisamente en ese período y hasta fin de siglo siguió acentuándose el contenido democrático del sistema, pero no ciertamente porque esta clase burguesa se convirtiera a sentimientos democráticos, sino por la presión que surgía de abajo, de las clases excluidas que obligaron a la clase dominante a un compromiso.

Este compromiso sólo fue posible y pudo realizarse pacíficamente en los países capitalistas más desarrollados por el concurso de algunas circunstancias, y muy especialmente de dos: por una creciente prosperidad y por una transformación de la pequeña burguesía.

En lo que afecta a la creciente prosperidad, ésta era necesaria para transformar de revolucionaria en reformista la actitud de las masas. Se ha repetido infinitas veces que una sociedad democrática presupone un consenso de todos, o de la inmensa mayoría de los ciudadanos, sobre los principios fundamentales, con discrepancia sólo en los particulares. Sin esto no sería evidentemente posible la participación de todos en la gestión de la vida pública y la alternativa de partidos

opuestos en el gobierno, porque sin el común consenso sobre principios fundamentales, todos destruirían la sociedad para rehacerla según los principios propios. Pero para que haya aceptación general del orden existente es necesario que éste pueda ofrecer a todos condiciones de vida tolerables y perspectivas de continua mejora, lo cual sólo es posible en una sociedad en expansión, que tenga amplios márgenes de seguridad e incluso se halle en condiciones de superar los períodos de crisis sin profundas convulsiones. Estas condiciones se dieron en los países capitalistas en la segunda mitad del siglo pasado y hasta la primera guerra mundial, creando así un terreno de encuentro común y la posibilidad de común lenguaje burgués entre todas las clases.

El vehículo de este lenguaje común y de esta común aceptación de un mismo sistema de valores fue la clase media, resultado del ascenso de nuevas generaciones de pequeño burgueses desde la desmoronada condición precapitalista de artesanos y tenderos a la nueva de clases intelectuales (docentes, profesionales, periodistas, funcionarios, empleados, etcétera) insertos en el proceso del desarrollo capitalista gracias a la creciente prosperidad y a la mayor masa disponible de plusvalía.

Carácter relativo y condicionado

Esta transformación de la pequeña burguesía de clase inestable, descontenta, inquieta y revolucionaria en amplio cuerpo de oficiales y suboficiales del conservadurismo constituye indudablemente el mayor éxito político de la burguesía capitalista en la consolidación de su propio dominio. Sin este vasto cuerpo de oficiales y suboficiales, le hubiera sido imposible a la clase dominante aceptar el compromiso democrático, porque hubiera sido imposible encarrilar la potencia numérica de las masas hacia el consenso sobre los principios fundamentales de la sociedad sin el cual la democracia no es posible. De hecho, nadie contribuyó más que estos intelectuales y técnicos que hoy llamamos clase media a crear esa unidad de lenguaje que es la trabazón de toda sociedad. Era en efecto, esta misma clase media la que ofrecía cuadros políticos a los diversos partidos contrastantes y a las clases más opuestas de la sociedad: eran hombres salidos del mismo ambiente, de la misma universidad, quizá de la misma familia, educados en los mismos principios, formados según los mismos esquemas mentales, quienes constituían la categoría de los políticos de la burguesía y simultáneamente los cuadros dirigentes, muy en especial los políticos, del movimiento obrero. Este hecho tuvo indudablemente una notable importancia en la realización del compromiso reformista en el terreno de la democracia política.

“Los intelectuales no forman una clase social en el sentido en que la forman los campesinos y los trabajadores industriales. Se insertan en todos los ángulos de la sociedad y una gran parte de su actividad consiste en combatirse entre sí y en formar la vanguardia de intereses de clase que no son los suyos (...) El hecho de que los cerebros de estos titulados estén todos amueblados del mismo modo facilita la comprensión mutua y forma un fuerte lazo entre ellos.” (Schumpeter: *Capitalisme, socialisme et démocratie*; trad. franc., París, 1951, pp. 246-47).

Harold Laski ha señalado el aspecto relativo de la democracia burguesa al escribir:

"Creo que históricamente la lógica del capitalismo en su fase de expansión lo hace capaz de casar con la política democrática porque dispone en ese momento del margen económico necesario para satisfacer las demandas de las masas. Pero también pienso que, cuando llegue la fase contractiva, la democracia capitalista debe volverse imperialista para sobrevivir, lo cual lleva consigo una tensión internacional y conflictos." (*Reflexions sur la révolution de notre temps*; París, 1974, p. 323).

El carácter relativo y condicionado del desarrollo democrático burgués no ha impedido, sin embargo, que los ideólogos burgueses proclamen que desarrollo capitalista y progreso democrático eran inseparables y representaban una evolución irreversible.

El hundimiento de la confianza

"Sea lenta o rápida, violenta o pacífica la transformación de la sociedad aristocrática, no por eso esta transformación es menos inevitable y, además, irrevocable una vez ocurrida (...). Sería más fácil ver a un río fluir contra corriente que a una sociedad democrática volver hacia la aristocracia." (Prévost-Paradol: *La France nouvelle*; t. I, cap. 2).

Desde ese punto, a finales de siglo, la ideología democrática, combinada con la del progreso indefinido y, quizá incluso, con la ideología de la paz perpetua, pudo sugerir a nuestros mayores la dulce ilusión del tranquilo triunfo de la democracia en todo el mundo y de la gradual extensión de las instituciones democráticas simultáneamente con la extensión de la técnica y la economía capitalistas.

En su clásico tratado sobre *La democracia moderna*, Bryce se planteaba este interrogante:

"Conviene considerar por separado cada orden de fuerzas y de hechos, por lo que me propongo en este capítulo repasar rápidamente los rasgos sobresalientes del proceso histórico según el cual se han desarrollado los gobiernos de tipo popular. Así puede proyectarse alguna luz sobre la

cuestión de si la tendencia a la democracia, ahora ampliamente visible, es una tendencia natural, fruto de una ley general del progreso social, o no. Si es así y, en otras palabras, si causas similares a aquellas que en muchos países han hecho sustituir un gobierno individual o de pocos por un gobierno de muchos están probablemente destinadas —porque son naturales— a actuar igualmente en el futuro, con lo que podría esperarse que la democracia se mantenga donde ahora existe y aparezca en otros países. Si, por el contrario, estas causas, o algunas de ellas, son locales o circunstanciales, tal previsión resultará menos justificable."

Bryce justificaba sus dudas sobre la posibilidad del desarrollo democrático especialmente en el crecimiento de fuertes asociaciones obreras y en la difusión de las doctrinas comunistas, pero seguía aceptando la idea de que la sociedad capitalista tiende por naturaleza a la democracia, precisamente en el momento en que el triunfo de la burguesía monopolista y del imperialismo desarrollaba por todas partes fuertes tendencias antidemocráticas. Y fueron precisamente estas tendencias las que en la primera posguerra determinaron el hundimiento de la democracia burguesa en Italia y en otros países europeos y, al mismo tiempo, el hundimiento de la confianza en un pacífico desarrollo democrático. Pero la misma socialdemocracia era reacia a admitir el divorcio entre capitalismo y democracia, y se aferró a la teoría de las dos Europas, la capitalista y democrática y la atrasada y antidemocrática.

En realidad, en su propio seno

En el III Congreso de la Internacional Obrera Socialista (Bruselas, 5-11 de agosto de 1928) se expresaba de esta manera el presidente Vandervelde:

"Un gran capitán de industria, que presume y puede legítimamente presumir de ser un ciudadano del mundo, no decía recientemente: 'Si trazáis, sin tener en cuenta las fronteras políticas, una línea ideal que vaya de Kaunas a Bilbao pasando por Cracovia y Florencia, os encontraréis ante dos Europas: una en la que domina el caballo de vapor y otra

ASI ES QUE NO

"... el día que corresponda, el día 11 de marzo de 1990 va a ser el día en que entregaré el gobierno [...] Si no he variado la Constitución en estos ocho años, por qué la voy a variar ahora. Así es que no hay cambio."

Declaraciones de Augusto Pinochet; *La Epoca*, 10 de octubre de 1988, Santiago de Chile.

QUE NO SUBYUGA

"El abogado Hermógenes Pérez de Arce afirmó que 'el presidente Pinochet es un gran estadista que ha realizado una gran obra, pero que políticamente no es un buen candidato, porque no es un orador que subyuga a las masas'."

La Epoca, 10 de octubre de 1988, Santiago de Chile.

SUCEDANEA

"El misterioso movimiento 'Los misioneros de Pinochet' decidió, luego que el presidente Augusto Pinochet resultara derrotado en las urnas [...] postular a la primera dama, Lucía Hiriart de Pinochet, como futura candidata presidencial en las próximas elecciones en 1989."

La Epoca, 10 de octubre de 1988, Santiago de Chile.



en la que en cambio domina el caballo de carne y hueso; una en la cual hay Parlamentos y otra en la que hay dictaduras'. Y es exclusivamente en esta Europa de segunda fila, económica y políticamente atrasada, donde proliferan las dictaduras, más o menos brutales, más o menos hipócritas y camufladas o no en un simulacro de representación nacional. Y entre estos regímenes de fortuna, que no sobrevivirán a las circunstancias que los han hecho nacer, se encuentra todavía uno con más prestigio que los otros en los ambientes reaccionarios de todo el mundo: precisamente porque para fundarlo ha sido preciso renegar de más convenciones, destruir más libertad y aniquilar un mayor número de cosas bellas y grandes."

La explosión de la crisis económica mundial de 1929, al provocar simultáneamente una amplia crisis de la democracia incluso en los países industrializados, obligó a la Internacional a modificar su punto de vista.

En el informe presentado por el secretariado de la Internacional Obrera Socialista al IV Congreso, celebrado en Viena en 1931, llegan a leerse estas palabras:

"Tras de las crisis económicas, inseparablemente ligadas a los cambios estructurales del proceso económico y de la estructura social, el fascismo ha superado el límite que parecía haberle sido impuesto, hasta hace pocos años, por el progreso de la técnica moderna. Si entonces se creía que el dominio del fascismo quedaría circunscrito a los países en los que 'domina el caballo viviente en vez del de vapor', ahora el peligro del fascismo ha apuntado incluso en los países de alto desarrollo técnico."

Se hacía, por tanto, evidente la falsedad de los análisis precedentes. La dictadura no quedaba únicamente ligada al insuficiente desarrollo capitalista, sino que nacía hasta en los países altamente desarrollados, y precisamente de las formas más evolucionadas de la sociedad capitalista. Es decir que, contra aquello que se había previamente afirmado sobre la identificación de desarrollo capitalista y desarrollo democrático, en realidad la sociedad capitalista lleva en su propio seno los gérmenes de la antidemocracia y de la dictadura.

Desarrollo limitado y tensión permanente

La suerte que ha correspondido recientemente a los países de América Latina y, en general, a los países del Tercer Mundo que han entrado en los mecanismos del mercado mundial, sujetos a golpes de Estado militares con la complicidad del gran capital y del imperialismo, nos confirman lo radicalmente falsa que es la idea de que capitalismo y democracia se hallan "naturalmente" asociados. Por el contrario, podemos concluir que la democracia burguesa: a) es en primer lugar puramente formal, en el sentido de que sólo se preocupa de los procedimientos y de la igualdad política, pero no de las desigualdades económico-sociales, que también son causa de desigualdades políticas (por ejemplo: inmadurez en el voto de las masas campesinas, insuficiente desarrollo de la conciencia democrática, más fáciles fenómenos de corrupción, etcétera), comportando, por tanto, un desfase entre vida política y vida social; b) se encuentra ligada a situaciones económicas contingentes, porque es posible en momentos de prosperidad pero entra en crisis en los de crisis económica; c) presupone un consenso previo, in-

cluso de las clases oprimidas por la naturaleza del régimen capitalista, lo que prácticamente presupone, y ulteriormente favorece, la integración total de la clase obrera en el sistema y la renuncia a cualquier perspectiva socialista; d) se halla permanentemente amenazada por las tendencias del capitalismo más avanzado (concentración del poder económico, interpenetración de poder económico y poder político, etcétera), que arrastra consigo una tendencia marcadamente autoritaria (véase la Alemania Federal).

La conclusión es la anunciada previamente, es decir, no sólo la democracia no es un fenómeno inherente al proceso de desarrollo capitalista, sino que, por el contrario, puede desarrollarse sólo de forma limitada y solamente si es sostenida por una permanente tensión entre las masas y el poder que perennemente la amenaza.

Definición gravemente insuficiente

Volviendo a la polémica italiana a la que me refería, el profesor Bobbio ha definido así el modelo ideal de democracia, modelo que él considera más o menos realizado en Occidente y que ha servido de base para la discusión:

"Hay un significado preponderante con el cual están perfectamente de acuerdo todos cuantos invocan a la democracia y se preocupan porque el socialismo se ponga en práctica mediante la democracia y porque, una vez llevado a efecto, gobierne democráticamente. Este significado preponderante es aquel según el cual se entiende por 'democracia' un conjunto de reglas que permiten la más amplia y segura participación de la mayor parte de los ciudadanos, sea en forma directa o indirecta, en las decisiones políticas, es decir, en las decisiones que afectan a toda la colectividad. Las reglas son aproximadamente las siguientes: a) todos los ciudadanos que hayan alcanzado la mayoría de edad, sin distinción de raza, religión, condición económica, sexo, etcétera, deben gozar de los derechos políticos, es decir, del derecho a expresar con el voto su propia opinión y/ o a elegir con él a quien la exprese; b) el voto de todos los ciudadanos debe tener el mismo peso (es decir, debe contarse por unidades); c) todos los ciudadanos que gozan de derechos políticos deben ser libres para votar según una propia opinión formada lo más libremente posible, es decir, en libre pugna entre grupos políticos organizados que compiten entre sí para agregar las peticiones y transformarlas en deliberaciones colectivas; d) deben ser libres en el sentido de que deben encontrarse en condiciones de tener verdaderas alternativas, es decir, de poder escoger entre soluciones diversas; e) tanto para las deliberaciones colectivas como para las elecciones de representantes es válido el principio de la mayoría numérica, aunque puedan establecerse diversos tipos de mayoría (relativa, absoluta, ponderada) para determinadas circunstancias previamente establecidas; f) ninguna decisión tomada por mayoría debe limitar los derechos de las minorías, y, en particular, el derecho a llegar a ser, en igualdad de condiciones, mayoría."

He hecho esta larga cita porque, como ya he recordado, inclusive la mayor parte de los socialistas y comunistas que han intervenido en la polémica la han aceptado, considerándola adecuada para expresar el contenido de la democracia, al que se refieren al hablar de "vía democrática" al socialismo. Pero a mí, en cambio, me parece que es gravemente insuficiente porque ignora por completo la estructura clasista de la sociedad y del Estado. Desde luego se queda atrás del propio texto constitucional italiano, el cual en el segundo párrafo del artículo 3 dice:

"Es deber de la República el remover los obstáculos de orden económico y social que, limitando de hecho la libertad y la igualdad de los ciudadanos, impidan el pleno desarrollo de la persona humana y la efectiva participación de todos los trabajadores en la organización política, económica y social el país."

Coexistencia de impulsos antagónicos

Este artículo de la Constitución ha sido dictado por la obvia consideración de que, en una sociedad dividida en clases, existen enormes desigualdades sociales desde el punto de vista de la riqueza, de la cultura, de la disponibilidad del tiempo, etcétera, por lo que no puede existir una igual posibilidad de participación *consciente* en la cosa pública: por un lado, falta frecuentemente la cultura necesaria (en Italia, y especialmente en el campo, queda aún un considerable porcentaje de analfabetos) y falta tiempo para estudiar los problemas y documentarse en lo debatido, y por otro, existen en cambio amplias disponibilidades de medios que permiten a particulares poseer periódicos o incluso estaciones de radio o de televisión, pagar a periodistas o a otros "hacedores de opinión" y, en suma, influir ampliamente en las capas menos preparadas de la población. Parece evidente que la eliminación de una tal situación debe considerarse condición previa para alcanzar un régimen democrático, y con tal espíritu se introdujo el artículo en cuestión en la Constitución italiana. Naturalmente esto no ha encontrado ninguna aplicación en treinta años, porque es evidente que el Estado burgués no puede suicidarse: no puede anular las diferencias de clase sobre las que él mismo está basado.

Por tanto, es preciso que el movimiento trabajador tenga clara conciencia de los límites de la democracia burguesa y que no acepte confiar la realización futura del socialismo a las reglas de la democracia burguesa actual. No se puede olvidar que lo que los marxistas siempre han sabido es que la democracia representativa, aun constituyendo ciertamente una conquista frente a los viejos regímenes absolutistas u oligárquicos, cumple también con la función mistificadora de sustituir la igualdad de hecho por una simple igualdad formal o, dicho con otras palabras, ofrece a nivel representativo una apariencia de igualdad que enmascara la desigualdad sustancial.

Esta contradicción interna de la democracia burguesa (que por una parte constituye una promoción política de las masas, pero por otra actúa como freno, es decir, como elemento de engaño y de integración, y, por tanto, como obstáculo para el ulterior avance de las masas) es un aspecto típico de la sociedad capitalista, que es por definición una

sociedad contradictoria en la que coexisten y se contrastan dos impulsos antagonistas, el progresivo y socializador del desarrollo de las fuerzas productivas y el conservador de las relaciones capitalistas de producción.

Criterios propios y no prestados

Esta contradicción se expresa, a nivel político, por la misma fórmula de la "democracia burguesa". De hecho, y como hemos recordado, democracia no significa sólo el respeto a determinadas reglas, pues eso es apenas un aspecto de la democracia, sino el gobierno de todo el pueblo, lo que únicamente es posible cuando se han suprimido las profundas desigualdades socioculturales. Y, por el contrario, el adjetivo "burguesa" indica un cierto tipo de sociedad clasista, con una clase minoritaria y dominante y una mayoría dominada que no tiene posibilidad efectiva de participar, en condiciones de igualdad sustancial, en la gestión de la cosa pública. La expresión "democracia burguesa" es, pues, una *contradictio in adjecto*, y resulta absurdo presentarla como un modelo inclusive para las fuerzas que aspiran al socialismo, tanto más cuanto que el socialismo contiene en sí mismo criterios de democracia propios, sin ninguna necesidad de pedírselos prestados a la burguesía. Quizá pueda explicarse la indulgencia de algunos partidos comunistas occidentales hacia la democracia burguesa, pese a sus innegables defectos, como un voluntario subrayado del rechazo a las formas de gobierno dictatoriales y burocráticas que fueron instauradas en la URSS bajo el nombre de "dictadura del proletariado". Los partidos comunistas fueron solidarios incluso con los aspectos más graves de esta dictadura, y por un movimiento pendular psicológicamente explicable tienen ahora propensión a irse excesivamente en la dirección contraria. Pero este impulso pendular, comprensible en un momento de rectificación, podría hacerse peligroso si llegase a transformarse en un fundamento teórico permanente de la estrategia del movimiento obrero.

He dicho anteriormente que el socialismo tiene criterios propios de democracia y que no necesita tomárselos prestados a la burguesía. Una sociedad sin clases es algo intrínseca y radicalmente distinto a una sociedad clasista, y hay que juzgar inadecuada cierta fórmula de Lenin que define al Estado socialista como "un Estado burgués sin la burguesía". Cada formación social constituye, según Marx, una entidad en la que el todo domina a las partes y en las que todas las partes deben tender hacia una sustancial coherencia. Sería un grave error suponer que basta con eliminar la burguesía, arrebatárle el poder y nacionalizar y estatizar los medios de producción y de cambio para haber instaurado el socialismo; o que para llevar a cabo un régimen de democracia socialista sea suficiente yuxtaponer una economía nacionalizada a una democracia política burguesa, con su parte de Parlamento, de pluralismo de partidos, etcétera.

Constructor consciente del futuro común

Una sociedad socialista (usando el término sin especial referencia a la distinción leninista entre una fase socialista y otra comunista, o a la distinción marxista entre la primera

y la segunda fase del comunismo y, por tanto, sin referencia a la aplicación de las diversas fórmulas distributivas, sino como denominación genérica de una futura formación social poscapitalista) se halla animada por un principio totalmente distinto o más bien directamente opuesto al de la sociedad capitalista. Todo, desde las relaciones sociales a los propios hombres y de las instituciones a los valores éticos, debe ser coherente con ese principio animador y debe representar una realización suya.

En el *Manifiesto*, Marx describió esta sociedad como aquella en la que "el libre desarrollo de cada uno es la condición para el libre desarrollo de todos", y reprodujo esta imagen tanto en los *Grundrisse* ("la libre individualidad, fundada en el desarrollo universal de los individuos y en la subordinación de la propiedad colectiva, social, como patrimonio suyo, constituye el tercer estadio", es decir, la sociedad poscapitalista) como en *El capital* ("una forma superior de sociedad cuyo principio fundamental sea el pleno y libre desarrollo de cada individuo"). Y también en *El capital*, Marx dice que el comunismo se realizará cuando "el hombre socializado, o sea los productores asociados, regule racionalmente sus intercambios orgánicos con la naturaleza (...) cumpliendo su tarea (...) en las condiciones más adecuadas a su naturaleza humana y más digna de ella (...) Más allá de esto comienza el desarrollo de la capacidad humana, que es un fin en sí mismo". Todavía en los *Grundrisse* encontramos otra significativa definición de la sociedad futura: "una sociedad de hombres libres, que trabajan con medios comunes de producción y que emplean, según un plan preestablecido, sus numerosas fuerzas individuales como una sola fuerza de trabajo social (...) la obra de hombres libremente reunidos que actúan conscientemente y son los dueños del propio movimiento social".

Como se ve, los aspectos en los que más insiste Marx son el pleno y libre desarrollo de cada uno, obtenido mediante la propiedad común de los bienes y la consciente programación del mismo y solidario futuro común. Una tal sociedad es, según Marx, la que consiente el pleno despliegue de la naturaleza humana, y lo que para Marx caracteriza a la naturaleza humana es el trabajo como proceso de creación y autocreación *con miras a un objetivo conscientemente querido y sobre la base de un proyecto establecido* ("la producción social regulada por la previsión social"). En otros términos, se es hombre en cuanto se es constructor consciente del propio futuro común; y digo futuro común porque los hombres somos seres sociales, no cerrados, pues, en nosotros mismos, en la propia limitación, sino partícipes siempre de una vida y de un trabajo colectivos.

Objetos de un proceso misterioso

Si tenemos presente esta visión marxista de la naturaleza humana, nos daremos fácilmente cuenta de cuál es el significado general de ese fenómeno que Marx llama, con término hegeliano, enajenación, pero que sería más apropiado llamar deshumanización o anulación del carácter humano del hombre. Esta anulación se verifica por el hecho de que en el curso del proceso histórico, y principalmente en la sociedad capitalista, los productores son privados de la posibilidad de proyectar conscientemente el proceso produc-

tivo y, lo que es aún peor, el proceso social global, porque el sistema funciona de tal modo que es en definitiva el producto el que domina al productor. Es notorio que esta vuelta del revés de la relación productor/producto, por la que el segundo se superpone al primero y lo supera, se halla presente en toda la elaboración del pensamiento marxista. Marx comienza con el análisis del fenómeno religioso y ve que "*el hombre hace a la religión y no la religión al hombre*", pero que la religión domina al hombre y le da, por tanto, una "*conciencia invertida del mundo*", porque es la imagen de un mundo vuelto del revés. Este es el fenómeno fundamental de la sociedad burguesa, como Marx reafirma repetidamente en *El capital*:

"El dominio del capitalismo sobre el trabajador es pues, el dominio de la cosa por el hombre, del producto sobre el productor, porque las mercancías que se convierten a su vez en medios de dominio (pero sólo como medios de dominio *del propio capital* sobre el obrero) no son a su vez sino resultados del proceso de producción, *sus productos*. En el plano de la producción y del real proceso social de la vida —porque eso es el proceso de producción— se presenta aquí la misma relación que en el plano ideológico se manifiesta en la religión: inversión del sujeto en objeto, y viceversa."

El mismo parangón podría repetirse en los restantes campos de la actividad humana (por ejemplo, en la política, donde las instituciones —producto humano— llegan a ser un sujeto que domina a los hombres hechos objeto), y la deshumanización consiste precisamente en esta inversión que arrebató a los hombres el dominio y el control de sus productos y del mismo proceso productivo, transformándolos, de agentes conscientes de un proceso previsto, en objetos de un proceso misterioso. Esta transformación también se expresa mediante una mistificación de la conciencia, por la que el hombre ya no se reconoce como sujeto creador y tampoco reconoce al objeto de su propia creación, sino que ve la relación sujeto/objeto invertida como en una cámara oscura. Instrumento de la falsificación de la conciencia es la ideología: "si en toda la ideología los hombres y sus relaciones aparecen del revés como en una cámara oscura, este fenómeno se deriva del proceso histórico de sus vidas, tal como la inversión de los objetos en la retina se deriva de su inmediato proceso físico".

Transformación de la sociedad y el hombre

Se sigue de ello que si realmente debe liberar el socialismo a los hombres de la opresión capitalista y de la enajenación que esta opresión lleva consigo, debe crear una comunidad humana de libres y conscientes constructores del propio futuro, y esto requiere incluso una reapropiación de la propia conciencia, falseada, de modo que los hombres no sólo sean,



sino que se reconozcan como sujetos de la historia y no como objetos. La democracia inherente al socialismo, mucho más allá, pues, de una democracia meramente representativa y formal, penetra en el interior del individuo impregnando su espíritu; las posibilidades de elección no se manifiestan tan sólo en el momento del voto, sino que son el empeño cotidiano de todos y cada uno. Marx define la meta de este proceso de liberación como el retorno del hombre enajenado a sí mismo —e incluso de la sociedad, que se ha liberado del dominio del “Estado político”, también a sí misma (“la consciente reconstrucción de la sociedad humana” o “la reapropiación por parte del pueblo de su vida social” son dos definiciones marxistas de la sociedad futura)—, y hasta el momento en el que el desarrollo de la capacidad humana se convierte en un fin por sí mismo: siempre se trata del mismo contenido, que Marx expresa incluso con la clásica fórmula de final de la prehistoria e inicio de la historia, y Engels con la del salto del reino de la necesidad al reino de la libertad. Fin de la prehistoria e inicio de la historia porque sólo en la sociedad futura puede la humanidad construir su propio futuro según un proyecto previo y, por la misma razón, llegar al reino de la libertad.

Naturalmente, en esta visión marxista de la sociedad futura hay un tanto de utopía, como hay lo suyo de utopía en la visión del hombre omnilateral que deberá ser el protagonista de esta historia futura. Pero “utopía” en este caso no está significando un mero producto fantástico construido fuera del movimiento real, sino una meta inalcanzable que empero indica la dirección efectiva del movimiento real. Aunque esta sociedad ideal no sea nunca definitivamente alcanzada, la construcción del socialismo —al menos del socialismo tal como lo entiende Marx— es un camino en esta dirección, un camino en el transcurso del cual no sólo se deben realizar profundas y radicales transformaciones sociales, políticas y económicas, sino también una transformación del hombre, en el sentido que hemos anteriormente indicado (desmistificación de la conciencia y reconquista de la propia personalidad de sujeto), correspondiente a una auténtica y verdadera revolución cultural.

Pero la transformación del hombre se realiza precisamente mediante la obra de transformación de la sociedad, del ambiente y de las circunstancias, y es el resultado de la misma acción que Marx llama, en la tesis III sobre Feuerbach, *praxis revolucionaria*: “la coincidencia en la variación de las circunstancias y de la actividad humana, o autotransformación, sólo puede ser concebida y emprendida racionalmente como praxis revolucionaria”. Mediante esta praxis revolucionaria se realizan simultánea y progresivamente la sociedad socialista y el hombre de esta sociedad, uno y otra como máxima realización del espíritu de libertad y de democracia.

Rechazo de las profecías

La idea de plantearse cuestiones o, más aún, de exigir garantías sobre la estructura democrática de la sociedad socialista puede tener su fundamento no tanto en la estrategia revolucionaria marxista cuanto en la experiencia del llamado socialismo “realizado”, en la realidad de los Estados socialistas, donde indudablemente no ha tenido lugar un de-

arrollo democrático. Pero la mejor respuesta que pueda darse a estas exigencias —y quizá incluso la única válida— no es el ofrecer esas garantías pedidas que, a falta de espíritu democrático, fácilmente podrían luego ser eludidas, sino actuar realmente con el espíritu marxista de la praxis revolucionaria que es praxis democrática y liberadora. No por acaso, Marx se negó constantemente a “fabricar recetas para los fisgones del porvenir”, es decir, a prefabricar modelos de sociedad que imponer luego desde lo alto del poder conquistado. Esta negativa suya no procedía solamente de una predisposición subjetiva a huir de toda descripción, necesariamente fantástica y hasta utópica, de la sociedad del mañana, sino de la conciencia de que los procesos históricos se hallan condicionados por las propias contradicciones internas, que tienen su propia lógica, así como de que la voluntad de los hombres como sujetos puede realizarse en tanto cuanto se funde, sin violentarlos, sobre estos procesos objetivos que nacen del mismo corazón de las estructuras de las relaciones sociales.

Es cierto que hay al menos dos escritos de Marx en los que anticipa algunas indicaciones sobre la sociedad socialista, *La guerra civil en Francia* y la *Crítica del programa de Gotha*. Pero se confundiría profundamente quien leyese los escritos de Marx (y, más todavía, los de Lenin) como ensayos académicos en los que el autor destila su propia ciencia, pues se trata en realidad de escritos polémicos, obra de un militante que siempre maneja la pluma como un arma. Marx definió al mismo *El capital*, es decir, a su obra más profundamente meditada y elaborada con más cuidado, como un proyectil lanzado contra la sociedad capitalista. Pues bien, los dos escritos mencionados son, además de polémicos, dos obras contingentes, dictadas por circunstancias particulares, que explican con facilidad su aparente excepción al rechazo por Marx de las profecías.

La expresión “dictadura del proletariado”

El segundo de estos escritos contiene además una ulterior confirmación de la exigencia de una dictadura del proletariado en la fase transitoria que sigue inmediatamente a la toma del poder, y esta fórmula, interpretada según la aplicación que se le ha dado en la URSS y en otros países socialistas, suscita la preocupación de los demócratas.

En un intento de mostrar la unidad entre socialismo y democracia en la concepción marxista, no puede faltar una alusión al problema de la dictadura del proletariado. Para comprender el sentido que Marx atribuía a esta expresión, es oportuno observar que él pocas veces la usó, y solamente en dos períodos de su vida que presentaban algunas características comunes, tras de dos revoluciones fallidas, la de 1848-1849 (hasta 1852) y la de la Comuna (de 1871 a 1875). En ambas ocasiones Marx tuvo estrechas relaciones con los emigrados blanquistas de Londres: la primera vez fundó junto con ellos una asociación revolucionaria, y la segunda se alió con ellos en el seno de la Internacional para aislar y batir a Bakunin. Empero, duró poco la alianza: la primera vez, la Asociación fue disuelta a los pocos meses por iniciativa de Marx, y la segunda se produjo la ruptura inmediatamente después del congreso de La Haya, en cuanto los blanquistas no aceptaron la práctica liquidación de la

y la segunda fase del comunismo y, por tanto, sin referencia a la aplicación de las diversas fórmulas distributivas, sino como denominación genérica de una futura formación social poscapitalista) se halla animada por un principio totalmente distinto o más bien directamente opuesto al de la sociedad capitalista. Todo, desde las relaciones sociales a los propios hombres y de las instituciones a los valores éticos, debe ser coherente con ese principio animador y debe representar una realización suya.

En el *Manifiesto*, Marx describió esta sociedad como aquella en la que "el libre desarrollo de cada uno es la condición para el libre desarrollo de todos", y reprodujo esta imagen tanto en los *Grundrisse* ("la libre individualidad, fundada en el desarrollo universal de los individuos y en la subordinación de la propiedad colectiva, social, como patrimonio suyo, constituye el tercer estadio", es decir, la sociedad poscapitalista) como en *El capital* ("una forma superior de sociedad cuyo principio fundamental sea el pleno y libre desarrollo de cada individuo"). Y también en *El capital*, Marx dice que el comunismo se realizará cuando "el hombre socializado, o sea los productores asociados, regule racionalmente sus intercambios orgánicos con la naturaleza (...) cumpliendo su tarea (...) en las condiciones más adecuadas a su naturaleza humana y más digna de ella (...) Más allá de esto comienza el desarrollo de la capacidad humana, que es un fin en sí mismo". Todavía en los *Grundrisse* encontramos otra significativa definición de la sociedad futura: "una sociedad de hombres libres, que trabajan con medios comunes de producción y que emplean, según un plan preestablecido, sus numerosas fuerzas individuales como una sola fuerza de trabajo social (...) la obra de hombres libremente reunidos que actúan conscientemente y son los dueños del propio movimiento social".

Como se ve, los aspectos en los que más insiste Marx son el pleno y libre desarrollo de cada uno, obtenido mediante la propiedad común de los bienes y la consciente programación del mismo y solidario futuro común. Una tal sociedad es, según Marx, la que consiente el pleno despliegue de la naturaleza humana, y lo que para Marx caracteriza a la naturaleza humana es el trabajo como proceso de creación y autocreación *con miras a un objetivo conscientemente querido y sobre la base de un proyecto establecido* ("la producción social regulada por la previsión social"). En otros términos, se es hombre en cuanto se es constructor consciente del propio futuro común; y digo futuro común porque los hombres somos seres sociales, no cerrados, pues, en nosotros mismos, en la propia limitación, sino partícipes siempre de una vida y de un trabajo colectivos.

Objetos de un proceso misterioso

Si tenemos presente esta visión marxista de la naturaleza humana, nos daremos fácilmente cuenta de cuál es el significado general de ese fenómeno que Marx llama, con término hegeliano, enajenación, pero que sería más apropiado llamar deshumanización o anulación del carácter humano del hombre. Esta anulación se verifica por el hecho de que en el curso del proceso histórico, y principalmente en la sociedad capitalista, los productores son privados de la posibilidad de proyectar conscientemente el proceso produc-

tivo y, lo que es aún peor, el proceso social global, porque el sistema funciona de tal modo que es en definitiva el producto el que domina al productor. Es notorio que esta vuelta del revés de la relación productor/producto, por la que el segundo se superpone al primero y lo supera, se halla presente en toda la elaboración del pensamiento marxista. Marx comienza con el análisis del fenómeno religioso y ve que "el hombre hace a la religión y no la religión al hombre", pero que la religión domina al hombre y le da, por tanto, una "conciencia invertida del mundo", porque es la imagen de un mundo vuelto del revés. Este es el fenómeno fundamental de la sociedad burguesa, como Marx reafirma repetidamente en *El capital*:

"El dominio del capitalismo sobre el trabajador es pues, el dominio de la cosa por el hombre, del producto sobre el productor, porque las mercancías que se convierten a su vez en medios de dominio (pero sólo como medios de dominio *del propio capital* sobre el obrero) no son a su vez sino resultados del proceso de producción, *sus productos*. En el plano de la producción y del real proceso social de la vida —porque eso es el proceso de producción— se presenta aquí la misma relación que en el plano ideológico se manifiesta en la religión: inversión del sujeto en objeto, y viceversa."

El mismo parangón podría repetirse en los restantes campos de la actividad humana (por ejemplo, en la política, donde las instituciones —producto humano— llegan a ser un sujeto que domina a los hombres hechos objeto), y la deshumanización consiste precisamente en esta inversión que arrebatada a los hombres el dominio y el control de sus productos y del mismo proceso productivo, transformándolos, de agentes conscientes de un proceso previsto, en objetos de un proceso misterioso. Esta transformación también se expresa mediante una mistificación de la conciencia, por la que el hombre ya no se reconoce como sujeto creador y tampoco reconoce al objeto de su propia creación, sino que ve la relación sujeto/objeto invertida como en una cámara oscura. Instrumento de la falsificación de la conciencia es la ideología: "si en toda la ideología los hombres y sus relaciones aparecen del revés como en una cámara oscura, este fenómeno se deriva del proceso histórico de sus vidas, tal como la inversión de los objetos en la retina se deriva de su inmediato proceso físico".

Transformación de la sociedad y el hombre

Se sigue de ello que si realmente debe liberar el socialismo a los hombres de la opresión capitalista y de la enajenación que esta opresión lleva consigo, debe crear una comunidad humana de libres y conscientes constructores del propio futuro, y esto requiere incluso una reapropiación de la propia conciencia, falseada, de modo que los hombres no sólo sean,



Internacional, realizada con la transferencia a Nueva York. Está claro que el principal desacuerdo entre Marx y los blanquistas concernía a la estrategia revolucionaria, y probablemente muchas de las discusiones verbales incidieron precisamente en el tema de la "dictadura revolucionaria" confiada a un comité central que defendían los blanquistas.

La expresión "dictadura del proletariado", introducida por Marx en estas dos circunstancias, parece querer significar, por un lado, la aceptación de la idea de que una revolución tan profunda como para dar la vuelta al dominio de clase se ve condenada al fracaso si, tras la toma del poder, no priva de todo tipo de poder a la burguesía instaurando una dictadura; pero, por otra parte, también parece ser el rechazo a una dictadura de tipo jacobino o blanquista, con directorio o comité central. Contra esta concepción, Marx afirma el principio de que debe tratarse de una dictadura del proletariado, es decir, de toda la clase: en otras palabras, la dictadura de una amplia mayoría, o más bien el gobierno más democrático que hasta ahora haya existido. Más tarde Engels aclarará precisamente en este sentido la expresión de Marx. Está claro en todo caso que para éste no se trataba de una dictadura confiada a los órganos directivos de un partido, y tampoco a un partido.

El camino hacia el socialismo

Si este análisis es exacto, hay una notable diferencia entre la concepción de Marx y la aplicación que se le ha dado tras de la Revolución de Octubre, diferencia que encuentra su justificación en las condiciones concretas de la Rusia de hace sesenta años, pero que no tendría justificación en las condiciones de la Europa occidental de hoy. Sería ciertamente ingenuo el suponer que el ocaso de una clase y el ascenso de otra puedan verificarse del modo más pacífico en base a la respuesta de las urnas, sin resistencias de todo tipo desde el sabotaje a la violencia, y que esta resistencia no vaya a suscitar a su vez reacciones por parte de la clase ascendente. Y nadie, sean cuales fueren sus simpatías por el respeto a los procedimientos democráticos, podría ofrecer desde ahora garantías de que en momentos de profunda subversión del orden social vayan a ser escrupulosamente respetados estos procedimientos.

Lo que me parece mucho más importante (con el fin de asegurar el máximo de democracia tanto al camino hacia el socialismo cuanto a la organización de la sociedad futura) es el orientar desde ahora la praxis del movimiento trabajador occidental en el sentido indicado por Marx; una praxis que tienda a sustraer progresivamente a los trabajadores de su condición de objetos, dominados por el propio producto y prisioneros de una ideología falsificadora, para en cambio hacer de ellos sujetos conscientes de su trabajo social, capaces de proyectar su futuro y de realizar este proyecto.

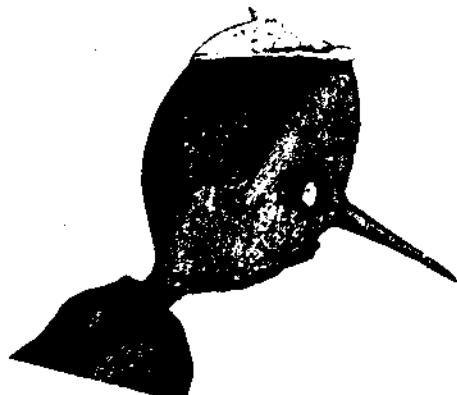
Si el socialismo es esencialmente la conquista por los trabajadores del dominio de su propio trabajo, del proceso de producción y de su producto, el camino hacia el socialismo debe ser visto según esta perspectiva.

Multiplicar las ocasiones de participación

Quizá entonces aparezca claro que el hombre nuevo del so-

cialismo debe tener en sumo grado una cualidad: el sentido de la responsabilidad. Responsabilidad hacia sí mismo y hacia los demás. Hacia sí mismo en el sentido de rechazar la actual condición de ejecutor pasivo de órdenes que le superan, de las que no comprende el sentido y hasta llega a ignorar quien las ha impartido, para en cambio transformarse en un hombre de algún modo partícipe en todas las decisiones que le afecten. Responsabilidad hacia los demás significa a su vez que el hombre nunca debe olvidar su naturaleza de "ser social": la entidad asociativa, colectiva y participativa forma parte de la personalidad del hombre tanto como la entidad individual, y la vida del hombre se resuelve en una dialéctica de estas dos entidades. Una sociedad que permita al hombre la máxima explicación de su propia personalidad ha de ser fruto de la obra colectiva no sólo de los hombres, sino de generaciones sucesivas, y nadie puede pretender beneficiarse de ella a costa de los demás. La responsabilidad hacia los demás, hacia la sociedad, es, pues, la conciencia del deber de no anteponer el propio egoísmo al bienestar de la colectividad. Sólo sobre la base de este doble sentido de la responsabilidad puede nacer un hombre auténticamente democrático, y sólo si la democracia llega a ser patrimonio interior de los hombres y no solamente un conjunto de reglas de procedimiento puede constituir la base perdurable de la convivencia humana. Pero ¿será esto posible en una sociedad clasista, de desigualdad y privilegio, donde no puede arraigar la solidaridad ni la responsabilidad hacia los demás porque el resorte que la mueve es el beneficio privado y el interés egoísta?

Este largo razonamiento puede parecer, y lo es en cierta medida, abstracto, ya que es sólo mediante la experiencia como estos problemas se resuelven realmente. Pero me parece que de las premisas expuestas se pueden también sacar algunas indicaciones en cuanto a la actuación concreta. Si el "hombre nuevo" de la sociedad socialista debe comenzar desde ahora a formarse en el largo camino que separa todavía a la Europa occidental del socialismo, no será ciertamente la pura y simple práctica de la democracia meramente representativa la que llegará a formarlo. No es casual que en el país industrialmente más avanzado, EEUU, una grandísima parte de los ciudadanos ni siquiera participe en las elecciones y se desinterese totalmente de la política. Para superar esa apatía son necesarias dos cosas: quebrar la atomización y el individualismo de la sociedad burguesa, que ha transformado todas las relaciones interpersonales en relaciones anónimas y cosificadas, e implicar cada vez más a todos en la responsabilidad de la vida colectiva. Esto requiere una multiplicación de las ocasiones de participación en los procesos decisivos de base mediante formas de democracia directa, que naturalmente no pueden sustituir a las formas representativas, pero que deben integrarlas de modo



que el mismo voto político sera fruto de una elección directa e informada.

La garantía de una sociedad democrática

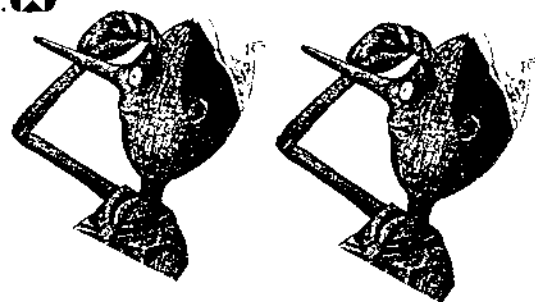
En este cuadro adquieren evidentemente particular relieve las formas de democracia autogestora, pero también aquí a condición de no sacrificar los intereses preeminentes de la colectividad. En otras palabras, la autogestión de cualquier unidad de base debe siempre desarrollarse en el cuadro de alternativas que operan a mayor escala, de modo que no se turbe la armonía de los proyectos que interesan a toda la colectividad. Está claro que todo esto es más fácil de decir que de practicar, pero, como ya he dicho hace poco, hace poco, sólo mediante la experiencia se pueden ver y corregir los defectos. Lo que cuenta sobre todo es que esta experiencia sea claramente dirigida hacia el desarrollo en cada uno de los sentidos de la doble responsabilidad.

Y también solicito una distinta orientación de los partidos, que, tal como funcionan hoy incluso en Occidente, más bien tienden a sofocar que a acrecentar la responsabilidad. Según el parecer de quien esto escribe, el principal error de los partidos obreros es que se hallan primordial y casi exclusivamente orientados hacia los problemas del poder, lo que estaría justificado en una concepción que hiciese depender todo —incluso la construcción del socialismo— de las alturas de un poder conquistado. Pero si la construcción del socialismo y la formación conjunta del hombre socialista deben comenzar desde ahora, es en la más amplia esfera de la vida social y en la poliédrica riqueza de sus infinitas manifestaciones donde este doble proceso debe desarrollarse, porque sólo ahí puede encontrar su propio elemento natural. La separación de lo político de lo social es una lógica manifestación de la democracia burguesa, que como habíamos dicho, intenta enmascarar con el igua-

litarismo político la desigualdad social. Los partidos obreros deben naturalmente contestar incluso en el terreno político y del poder a la lógica de la sociedad burguesa, pero es en el terreno social —allí donde radican las desigualdades, donde se asumen las relaciones de producción y donde nacen las ideologías que enmascaran y vuelven del revés a la realidad— donde puede nacer la conciencia revolucionaria. Pero ésta difícilmente nacerá si incluso los partidos de los trabajadores pretenden dirigir desde lo alto de sus funciones y de su poder político las manifestaciones de la vida social. ¿Cómo se va a poder llegar a una sociedad donde el libre desarrollo de la personalidad se vuelva un fin en sí mismo, si hoy se obstaculiza de algún modo este libre desarrollo?

Sólo una praxis democrática hoy, y no promesas verbales, es garantía de una sociedad democrática mañana. Sólo en la medida en que la vía al socialismo muestre desde ahora una fuerte carga libertaria (pero no anárquica), un vivo sentimiento social y una tendencia a favorecer el libre desarrollo de todos y cada uno, y a desarrollar el sentimiento de responsabilidad, se puede tener una garantía de la democracia de la sociedad socialista.

Cuando Marx hacía una llamada a la espontaneidad del movimiento, a la *geschichtliche Selbsttätigkeit* del proletariado, indicaba el camino real hacia la democracia y el socialismo. (X)



RECORDATORIO

“... cuando el objetivo no se alcanza, el que dirige debe asumir la responsabilidad. No son los soldados los que pierden las batallas.”

Sergio O. Jarpa; *La Epoca*, 11 de octubre de 1988, Santiago de Chile.

CUANTAS

“... Pinochet es ‘un líder extraordinario’ [...] absolutamente fortalecido con este triunfo ‘que sólo a él le pertenece [...]’ [...] Que la oposición sacó un mayor porcentaje, claro [...] Que hay chilenos mal agradecidos, los hay. Las cosas hay que llamarlas por su nombre. Cuántas becas, subsidios, títulos de dominio, gasto social, etcétera.”

Director de Organizaciones Cíviles del gobierno, comandante Hernán Núñez; *La Epoca*, 11 de octubre de 1988, Santiago de Chile.

NI GUZMAN

“La Unión Demócrata Independiente (UDI) declaró oficialmente que [...] ‘la clarísima imposibilidad constitucional de que el presidente Pinochet postule como candidato a la próxima elección presidencial, debe hacer cesar cualquier intento de algunos sectores en tal sentido, aun cuando ello se pretendiera a través de una reforma constitucional’.

[...] El descuelgue de la UDI respecto de una eventual insistencia de Pinochet en la Presidencia ya había sido adelantada por Jaime Guzmán.”

La Epoca, 12 de octubre de 1988, Santiago de Chile.